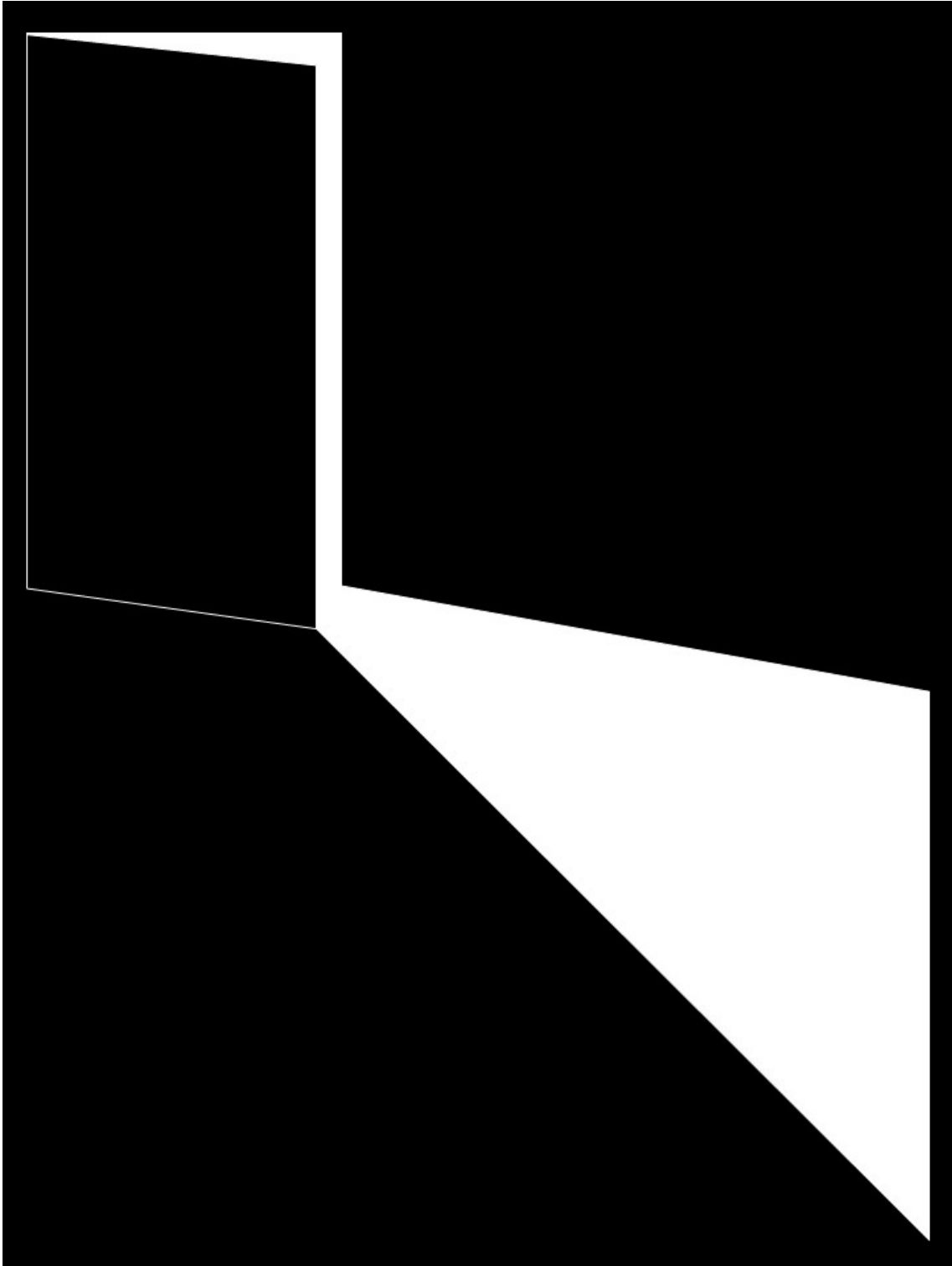


Dormitorio oscuro

Felipe Trigo



Capítulo 1

Escucho tus pasos. Otra vez vienes a decirme que salga. Te detienes frente a la puerta y al abrir te quedas un momento en el umbral. No pretendes entrar, pero lo haces al ver que sigo sentado al borde de la cama, mientras el exangüe resplandor de la lámpara extrae desde la oscuridad los morbosos contornos de mi cuerpo. Caminas hasta mí y por un instante me observas. Yo también lo hago, fijándote en medio de mis ojos protuberantes que lagrimean. Me doy cuenta de que últimamente pareces estudiarme. No sé qué pensarás, pero quizá hayas notado algo en mí que antes no había. Tal vez a medida que crezco encuentras nuevos errores, otras fallas que la naturaleza manifiesta a través de mí. Pero no dejas que lo note. Nunca harías evidente ninguna especie de repulsión. Ves que aunque tengo puesto el pantalón y los zapatos, sigo con el torso desnudo. La camisa planchada sigue donde la dejaste, colgada en el respaldo de la silla.

Me preguntas que por qué me demoro tanto y me ordenas que me vista rápido, que salga porque las tías me están esperando hace rato. Que no sea maleducado. Y por la puerta entreabierta se cuele el cuchicheo de las viejas. Mientras sus voces carrasposas y agudas llegan zumbando como moscas por el pasillo, imagino sus largas manos como zarpas mugrientas asomándose de los chalecos hediondos de lana áspera. Pero no te respondo y sigo mirándote. De pronto te das cuenta que un hilo de saliva escurre desde mi boca que no es boca, porque es más parecida a una abertura cartilaginosa en donde dientes y encías se funden en algo similar a una herida que nunca cicatriza. Entonces sacas un pañuelo de tu blusa. Un trapo deshilachado con el que limpias la espesa gota del fluido que va hacia mi cuello. Luego lo arrugas y lo mantienes en la mano, húmedo y tibio. Sin perder más tiempo, tomas la camisa y la abres frente a mí. Me pides que estire los brazos, que te ayude porque cómo voy a ser tan terco, por Dios. Tan odioso. Pero incluso después de todos estos años, todavía no debes imaginar lo difícil que sigue siendo para mí estirar el brazo tullido que se pega a mi cuerpo como un ala de gallina. Sin embargo, hago lo que me pides y terminas de cubrir mi torso inflamado con la camisa cuadrillé que dejas sin abotonar, porque me recalcas que debo hacerlo yo con la mano que tengo buena, porque la del ala es un muñón con dos apéndices inservibles que no se mueven. Así que empiezo a hacerlo. Aunque me demoro un poco llego al último botón. Después quieres peinarme porque no puedo salir despeinado cuando hay que sentarnos a la mesa. Pero en ese momento te das cuenta de que la peineta no está donde la dejaste. Debería estar sumergida en el concho de agua del lavatorio enredada con los pelos canosos que sus dientes me arrancan al peinarme. Entonces te pones a buscarla. Haces movimientos pausados y precisos. Tras los lentes tus ojos legañosos de vieja se pasean dentro del espacio que dibuja la aureola de luz amarillenta. Pero no la ves. Volteas y me preguntas dónde está la peineta. Quieres saber si la escondí

bajo mi almohada o entre las sábanas sebosas que mi cuerpo ensucia cuando estoy acostado. O en otro lugar y me preguntas dónde. Pero no aparecerá. No te diré dónde la escondí para que tengas que buscarla y termines cansándote. Que tus energías de anciana se agoten por el esfuerzo y que antes de que te vayas me digas que estoy insoportable. Que se lo dirás a las tías para que se enojen conmigo y que no vengan nunca más a verme porque no me lo merezco. Espero que lo hagas. Diles que no saldré. Que no quiero verlas. Ojalá no les importe y me dejen solo, porque en la oscuridad de este dormitorio estoy bien, alejado de todos entre las rufas de cachureos y muebles atestados de revistas y libros viejos. Pero sé que no lo harás. No me dejarás tranquilo.

—No voy a echar a tus tías —dices, mientras registras. Mueves las almohadas de un lugar a otro. Levantas frazadas y sábanas. Sacudes. Tiras todo. Desordenas.

Me vuelves a preguntar por la peineta y tu voz senil se enreda aparatosamente con la placa que resbala en tus encías peladas. Pero en vez de contestarte, balbuceo que no quiero ver a las tías. Que no quiero salir.

—¿Qué te has imaginado? Insolente. Ellas se toman la molestia de venir a verte porque te quieren y tú así las tratas, ¿así les respondes? Malagradecido.

Y sé que vas a enojarte conmigo. Que quizá ahora me desprecias más que otras veces. Pero es normal que así sea porque al desafiarte te recuerdo que mis reacciones más viscerales son las de una persona normal. Las de un hijo que no quiere obedecer a la madre. Te sorprendes, pero por ahora no llegarás a alzar rotundamente la voz. No quieres que las viejas de mis tías lleguen a saber que pierdes la paciencia más seguido y que me retas más que antes. Porque ante todo, ustedes siempre han sido de mantener las apariencias. Entonces me dices que no importa, pero que cuando estemos solos tendré que decirte dónde escondí la peineta, porque si no lo hago me vas a poner de cabeza a buscarla. No porque sea importante esa peineta —debes tener muchas en tus roperos atestados de cachureos—, sino para castigarme por mis atrevimientos de hoy.

—Pero mamá, no sé dónde está la peineta. Yo no la tomé —insisto, haciéndome el tonto, el leso como tú dices, mientras mi lengua se bate al interior de mi boca cartilaginosa, entre dientes sin orden, haciendo escurrir otra vez la saliva que vuelves a limpiar con el trapo mugriento.

Pero aunque sepas que te miento, no me dices nada. Me vas a ignorar ahora que te he faltado el respeto. Lo harás hasta que se vayan las viejas por lo menos. Aunque debieras hacerlo más seguido, mamá. Hacer de cuenta que hay días en los que no existo. Quizá solo te pediría que me trajeras la papilla repugnante de mi almuerzo. Que entraras al dormitorio

y dejaras el plato en la mesita de mis cosas, junto al frasco de analgésicos, corticoides y vitaminas que tengo que tomar todos los días, y querría que salieras rápido sin que te molestaras en mirarme ni hablarme. Pero no lo harás porque incluso si no tuvieras una razón para verme, la inventarías. No podrías hacer de cuenta que no estoy ahí, tras la puerta, acechándote como un animal entre las sombras, porque también me necesitas; debo servirte como una especie de castigo, un reproche que expías silenciosamente cuando te preguntas qué hice para tener un hijo así, algo habré hecho mal, en algo me habré equivocado. Pero no es mi culpa, porque pese a todos los pronósticos que indicaban mis anomalías, tú decidiste ignorarlas y creer que podrían ser perfectamente corregibles al nacer. Pero cuando eso pasó, te diste cuenta de que nada podría corregir el error que fui yo.

Quizá desde ese tiempo, o incluso antes, ya debías saber cómo me ocultarías. Seguramente el primer paso fue inventarme. Darme forma de palabras, de actos imaginarios que serían el inicio de mi vida ficticia y con los cuales sería más fácil relatar cómo iban siendo mis primeras palabras, mis primeros intentos de caminar o la mejoría que lentamente manifestaba al responder adecuadamente a innumerables tratamientos. Lo más importante era que a medida que fueras notando que yo me transformaba en un ser cada vez más espantoso, ese relato se moldeara a tus necesidades. Toda invención te serviría para justificar los motivos por los que nadie sabría de mí, excepto las tías. Tus hermanas debían ayudarte a urdir el entramado con el que me harían anónimo, inexistente fuera de las paredes de la casa. Ellas se encargarían de expandir mi historia falsa, de diseminarla en los lugares en donde hubiera alguien que pudiera conocerte, porque sabías que no eras totalmente desconocida. En algún lugar de los que frecuentabas preguntarían por ti; ferias, almacenes, en alguna tienda del centro, en el parque o en las lotas y los bingos a beneficio. En ningún sitio iba a faltar quien reconociera a tus hermanas y les preguntara por tu repentina desaparición, y luego, entre las chácharas que entablarían, insistirían en saber que donde estabas tú, que si estabas bien porque se supo que estuviste embarazada y que querían saber de ti, y que cuando la vean les dan mis saludos, porque además se corrió el rumor de que su embarazo se complicó por alguna razón, y que la gente anda diciendo que la guagua está enferma, que por eso la escondió, pero que eso no se puede hacer. Que cómo, que no está bien, que esas cosas se pueden saber, y que mejor aparezca para evitar problemas. Pero entonces tus hermanas sabrían qué decir y cómo actuar, porque el plan estaba tan bien armado que nadie sospecharía que te preparabas para hacerme desaparecer, y que lo harías conmigo al menos hasta que pudieras empezar a desmentir los rumores y reintegrarte a la vida como si estuvieras saliendo de una enfermedad terrible. En ese intertanto no habría problema en engrosar nuestra vida ficticia. Solo se agregarían nuevos sucesos, otros datos y pistas para que los curiosos y los visitantes indeseables supieran que estabas bien y que sobre todo lo estaba yo, que nací con un pequeño problema a la cadera o a la columna

o a la piel, y que nada eran tan grave como para que no se me pudiera tratar ya que de todas formas los resultados de ese proceso, si bien serían evidentes a lo largo de unos cuantos años, no representarían un riesgo para mi salud.

Esa historia me fue haciendo posible. También el hecho de que a nadie le hablaras de mí. Porque no faltó la vez en que el plan se vio en riesgo cuando alguien te visitó sin avisar. Y desde las tinieblas del dormitorio supe que lo recibirías solo un momento, en lo posible sin que entrara a la casa, intentando despacharlo rápidamente con la excusa de que estabas indispuesta o de que yo siempre dormía, y que mi rechazo a las personas se acentuaba debido a los fármacos y a la costumbre de no salir del dormitorio. Pero que así tenía que ser, porque la estricta indicación de los médicos —de nombres y direcciones inventadas— era que por el momento debía descansar sin que nadie me molestara y que por ningún motivo podían verme, sin importar el tiempo que debiera pasar porque era la única forma de que me recuperara.

Pero por el contrario de lo que pudieran imaginar tú y mis tías, cuando empecé a ser consciente de mi monstruosidad, y de que mi vida y el tiempo en que transcurría era una invención, nunca quise oponerme a sus planes. De cierta forma quise ser funcional a ellos. No estorbarlas.

Por eso intenté aprender todo lo que podían enseñarme, subordinándome a todo cuanto creyeran necesario que debía hacer para obedecerlas. Incluso la decisión de recluirme en el dormitorio no fue algo que me hayan impuesto. Sentí cada vez más la necesidad de quedarme en ese lugar, porque de alguna forma era el sitio del relato en donde yo que debía estar. Por eso preferí vagar entre estanterías atestadas de cachureos y cajas, y revistas y libros que con los años se fueron acumulando mientras aprendía a leer, porque en realidad me convencí de que así debía ser. Tal vez, si alguna vez me lo preguntaras, con seguridad te diría que de alguna manera quise librarte de mí. No castigarte con mi presencia a la que estarías sujeta por siempre. No someterte al oprobio a que te señalaran como la madre de un monstruo obscuro que se pasea por los rincones de la casa, oculto bajo las penumbras como lo hacen las bestias y los fenómenos que exploran a sus anchas los lugares que las personas temen.

Sin embargo, hay algo que he notado. Tú no lo sabes, pero esa idea me abriga con un oscuro sentimiento. Me doy cuenta que la vejez también oculta algo monstruoso. Tu ancianidad, mamá, y la de mis tías las va acercando a mí. A mi forma de hablar, de comer, de moverme. El mismo tiempo que parece no transcurrir para mí, a ustedes las consume lentamente. Empiezo a notar cómo se van convirtiendo en algo que nos hace similares. No en lo espantoso, pero sí en lo grotesco. Veo sus colgajos de piel flácida, las verrugas, los pelos canosos de vieja brotando en sus barbillas y orejas. Los dientes oscureciendo cada vez más, cayendo

uno a uno, tiñéndose por el café y los cigarros mientras sus cuerpos engordan y se reblandecen, cargando cada vez más sus piernas repletas de várices verdosas que en algún momento serán tan molestas como los dolores de cadera que ya no les permiten moverse de otra forma que no sea como la mía. Por eso creo que pronto comenzarán a ser casi inservibles. Que no podrán hacer nada más que recluirse como yo mientras intentan ayudarse entre ustedes. Pero incluso así, el momento en que no podrán hacerlo también llegará. Y será cuando empiecen a desvanecerse. Serán viejas a las que ya no les queda más vida y una tras otra desaparecerán, hasta que solo quedará yo y me volveré uno con la oscuridad y los ángulos que imperan en este dormitorio cochino. Allí me iré transformando en más que un monstruo porque ya no sabré cómo definirme: seré una cosa, la brizna de una pelusa que se desplaza en el aire o una mancha que embarra un pedazo de pared. Y cuando la gente empiece a decir que la casa de las viejas parece abandonada y que hace tiempo que no salen porque nadie las ha visto, empezarán las sospechas. Vendrán a golpearles la puerta y ustedes ya no estarán para echarlos como lo hacían antes. Y ellos entrarán. Desgarrarán los pestillos y cerrojos, y verán sus cuerpos tendidos sobre alguna cama mugrienta. O las hallarán sentadas en los sillones de gamuza oscura del living o de espaldas en el piso. Quién sabe cómo estarán. Y ellos elucubrarán ideas y sacarán conclusiones. Dirán que esta señora se tropezó con un mueble y al caer se tuvo que haber golpeado fuerte la cabeza, así fue como murió esta anciana. O que esta otra se murió en su silla de ruedas, porque ya no podía caminar ni sus gritos de ayuda se escucharon afuera. Y cuando esos vecinos empiecen a recorrer la casa avanzarán por el pasillo en tinieblas y llegarán hasta mi puerta. La van a abrir y me encontrarán. Y como a una barata enorme y escurridiza que infunde el pánico o como a una rata agonizante de proporciones anormales van a capturarme, porque me habré convertido en lo horroroso e indescriptible, y cuando lo hagan tendrán que sacarme a la calle, tenderme a la luz del sol para descubrir qué soy, y van a cuchichear y a hacer gárgaras con que miren todos, la vieja de verdad tuvo un hijo que es algo monstruo, pero que eso no importa mucho, ya que lo grave en realidad es que nadie sabía nada de mí, porque lo que ellos sabían era producto de un invento.

Y cuando eso pase, entonces ustedes no habrán logrado su cometido. El relato que inventaron para ocultar mi bochornosa persona se desmoronará y las personas a las que les mintieron haciéndoles creer que yo no existía las insultarán. Las tratarán de mentirosas y de malvadas, porque pobrecito, hasta era mejor estrangularlo. Abandonarlo de noche en el odeón de la plaza de armas, en la caleta junto a los perros o ante los portones inmensos del mercado para que al amanecer lo encontrara un vagabundo, un transeúnte, un policía, y que lo entregara al hospital o a las autoridades que no demorarían en exhibirlo, para que alguien más piadoso se preocupara de él. Cualquier idea hubiera sido mejor —pensarán todos— que haber estado tantos años viviendo como tuvo que vivir este hombre, por Dios, como puede haber gente así. Y de esa forma

el plan que urdieron ustedes, viejas perversas y desquiciadas, no podrá cumplirse porque en algún momento se sabrá de mí.

Me preguntas qué me pasa. Que por qué me quedo mirando el piso como si tú no estuvieras ahí, a pesar de que decidiste ignorarme. Me dices que deje de pensar tonteras. Que tengo el pelo desordenado y que no voy a salir así. Que aunque no haya peineta de todas formas me vas a peinar. Y humedeces las puntas de los dedos en el agua cochina del lavatorio y me los pasas por los mechones de pelo seboso que apenas me tapan una parte de la cabeza, aplastándolos una y otra vez con tu mano huesuda, que también deslizas como si acariciaras el pelo de un animal. Luego usas tus uñas. Rastrillas de atrás hacia adelante, rasguñándome los lunares de carne que brotan por toda mi cabeza, blandos y gordos como enormes garrapatas que se han adherido a mi piel. Cuando pienso que ya terminaste te da por insistir que estoy sucio. Que qué van a pensar tus tías. Así que tensas la punta del trapo con tus dedos y lo sumerges en el lavatorio en donde absorbe el agua suficiente con la que después frotas mi piel macilenta, limpiándome atrás de las orejas torcidas y bajo los pliegues de mi cuello arrañado. Al terminar dejas el paño y te secas la mano en la ropa. Me dices que así está mucho mejor, porque no podía ver a las tías así como estaba y me apuras a que vayamos. Que te pares de una vez si ya te lo he repetido tantas veces, por Dios.

A ti te puede parecer simple, pero es difícil mover mi grotesco abdomen o agitarme cuando la clavícula que no salió por completo de mi pecho hace presión en él. Sin embargo, esperas con paciencia a que me vaya componiendo, a que mis huesos encuentren la mejor posición para hacer que me mueva, aunque anatómicamente no estén hechos para hacerlo. Mientras me miras, pienso que debo parecerte un bicho, un sapo o alguna alimaña similar. Finalmente me enderezo. Creo que ya me acostumbro a la incomoda postura que toma mi cuerpo de órgano, de tumor que es en sí mismo. Mis piernas flacuchentas han logrado desarrollar la musculatura suficiente para mantenerme en pie y con el tiempo ya asimilan mi peso, realizando los movimientos necesarios para hacerme avanzar. Cuando te acercas te digo que no quiero que me ayudes, que me dejes tranquilo. Farfullas. Gimes. Me dices que no sabes por qué ando tan mañoso. Me das un último vistazo y te adelantas. Yo rengueo, no puedo hacer más. Llegas a la puerta y la abres por completo para que yo pase. Veo tu silueta recortada contra la leve claridad que entra del pasillo y que transparenta tu maraña de pelos hirsutos de vieja.

Avanzas. Desde donde estoy veo que también rengueas, aunque sutilmente, y que tus pies parecen estar siempre a punto de enredarse. Tal vez ya no veas bien en la oscuridad y por eso haces el gesto de afirmarte contra la pared, sin tocarla. Voy comprobando lo que pienso, pero no te lo digo. Porque es el único secreto que guardo de ti y de mis tías. Me alienta saber que nunca tendrán la capacidad de darse cuenta que se van pareciendo a mí. Avanzo por el pasillo. Al fondo se ve el

comedor donde me esperan. Tú llegas y tomas tu lugar. Las viejas celebran que ya estés ahí porque te estabas demorando mucho, por qué tanto si era cosa de sacarme del dormitorio no más, porque tú tienes la autoridad y que si ellas fueran tú me darían un solo grito al que yo tendría que obedecer sin reclamos. Escucho el campaneo de las tazas de café contra los platillos, atenuado bajo el gallineo de sus voces. De inmediato siento el olor a cigarro y veo que una nube comienza a formarse contra el cielo raso. Las viejas debieron haber estado fumando toda tarde. Sonríen cuando me ven. Sueltan algunas carcajadas, me saludan. Yo balbuceo un saludo apenas, una especie de desprecio. Me dicen que no me ponga desordenado. Que no sea porfiado con la mamá, que cómo así tan viejo me vine a poner mañoso si cuando era chico era tan callado y obediente.

Rodeo la mesa. Una de las tías me indica la cabecera donde está el plato vaporoso de mi papilla. Siempre me han reservado ese lugar. Otra vieja me mira. Sus ojos con lunares me examinan y mientras sus dedos pegotes de manjar y azúcar flor de alfajores me tocan, azuza a las demás viejas a que me miren y que me digan cosas. De pronto estoy rodeado de ojos legañosos nublados con telas de cebolla y de caras ojerasas con narices protuberantes y amoratadas.

—Es que es el hombre de la casa.

—Si está tan guapo... Tan varonil.

—Tan flaco que está este niño —dice otra.

Y tú me miras, mientras las ancianas intentan agasajarme. Y después las miras a ellas y les dices que no me consientan tanto, porque últimamente no me he estado comportando. Que no te he obedecido y que en algo debo andar, que debo estar pensando algo que no te digo. Y las viejas juegan a extrañarse. Actúan hasta deformar sus caras de sorprendidas llevándose las manos a los bustos seniles. Y sus labios se encorvan en sonrisas de sorna que te dicen que no le digas nada al niño, que está loca la mamá y que me van a defender porque yo hago caso en todo y nunca he podido ocultarles nada, porque ellas saben todo lo que pasa en este lugar ficticio en el que me dieron vida, y sería imposible que yo esté planeando algo a sus espaldas, porque si no lo sabrían de inmediato y tomarían las precauciones necesarias. Y sueltan una risotada que se diluye lentamente tras una tos áspera y prolongada.

Una tía te ofrece café o té.

—Té.

—¿Tres de azúcar?

—Sí.

—Listo —y otra tía te alcanza un cigarro que sostienes entre tus dedos esqueléticos. Le pides a la tercera que te lo encienda.

Y las densas volutas de humo que empiezan a brotar desde sus bocas van extinguiendo los brillos de las ampolletas y las lámparas hasta formar una penumbra que las ciega y les impide mirarse para vislumbrar que comienzan a parecerse a mí y que se van consumiendo como el cigarro barato que se hace cenizas entre sus dedos temblorosos y flacos.

Sus voces discurren y resuenan en el espacio. No logro identificar quién de ustedes habla porque todas lo hacen a la vez, y mientras se funden en una sola vieja cuya voz carrasposa sin dientes se humedece en una lengua ennegrecida de café y nicotina que amontona y amontona palabras que no dicen nada, dejan de verme. Desaparezco tras cada bocanada que exhalan y me confundo con las figuras deformes que el rastro del humo deja al subir.